

# GANIVET EN LA ENCRUCIJADA TURISTICA DE SU TIEMPO

Por  
Luis Lavaur

Toda ponderación, sea parcial o de conjunto, de la obra de Ganivet, exige tener en cuenta su condicionamiento pleno a dos circunstancias sobresalientes. El hecho de estar virtualmente creada fuera de España en su integridad y en el plazo increíblemente breve de tres años (1895-1898).

La primera fue una circunstancia —y cuán fortuita, luego lo veremos— que situó a Ganivet en una privilegiada perspectiva de la que carecieron otras mentes congéneres y coetáneas para un examen integral de lo español. La segunda transforma a la totalidad de su obra en el tomo inicial de algo grande e incompleto, en un fragmento cuya lectura produce en el lector la sensación de entrar en contacto con un suculento programa intelectual, incumplido y descabalado sin remedio, debido a la intempestiva intervención de la muerte del fenomenalmente dotado pensador que la concibió.

Recientemente, y con el debido decoro, España ha celebrado el primer aniversario del inicio de los treinta y tres años cabales que entre el Darro y el Dvina componen la dramática peripecia vital, tenazmente malvivida, por el infortunado escritor granadino. Sea esta meditación nuestra, sobre uno de los aún numerosos aspectos inéditos de su pensamiento, un homenaje más rendido a la memoria del ilustre pensador.

Es posible que, como Cervantes y tantos otros autores, Ganivet, a efectos prácticos, y para el no especializado, termine siendo, si no lo es ya, el autor de un solo libro: el "Idearium español". ¡Pero qué pequeño gran libro! Terminado en Helsinki, en 1896, y publicado en Granada el año siguiente, uno antes de la muerte del autor, este breve breviario de apretadas meditaciones, redactado como un testamento antes de dar su salto irrevocable en el gran vacío, constituye un ensayo político que denota extraña madurez en los treinta y un

años de la mente que lo produjo. Destaca en él la postura brutal y arrolladoramente crítica que el autor adopta para enfrentarse con lo español como problema, característica de la generación del 98, a la que Ganivet pertenecería de no haber muerto en su umbral, pero, con la señalada excepción de Unamuno, rarísima en la suya propia.

Atendiendo a esta razón, no parece excesivo que Gómez Baquero fije en Ganivet el inicio entre nosotros del ensayo moderno, y resulta explicable también que obra tan influyente y representativa como "Virgin Spain" (1926), del americano Waldo Franck, y como eloquentemente refleja su propio título, pudo redactarse perfectamente estructurada en torno a una idea crucial de Ganivet, que le sirve de espina dorsal.

Sin embargo, imperativos temáticos derivados del carácter especializado de esta revista limitan inexcusablemente nuestra labor a destilar del apasionado "pathos" de la obra de Ganivet, temas que sintonicen con los inscritos dentro del círculo de preocupaciones de una publicación, como la presente, dedicada específicamente al estudio del turismo en toda su polivalente amplitud.

En este caso conviene distanciarnos de las obras fundamentales de Ganivet y explorar —como diría Lope— en su "ópera parva", y de manera especial, en el rico epistolario del autor que fragmentariamente se viene publicando.

A nuestro juicio, se desprende de dichos escritos, y con evidente claridad, que Ganivet mantuvo una postura fría y distante hacia el turismo, por otra parte, y como nos esmeramos en señalar, punto menos que típica en el ideólogo puro de todos los tiempos. Ello no impide que incluso en este acotado terreno dejemos de tropezarnos con más de una de las iluminadoras contradicciones que pueblan la obra y personalidad, tan íntimamente unidas, de este siempre estimulante autor.

Por ejemplo, consta en su Epistolario, que en la primavera de 1897 escribía desde Helsinki a su amigo y admirador, el profesor toledano Ledesma Navarro, que "lo más grosero y primitivo en el arte es la narración del viajero". Pero al examinar su obra desde un punto de vista turístico-literario, encontramos que este políglota consumado, además de oportunidades, poseyó con generosa abundancia casi todas las cualidades necesarias para haber sido un espléndido autor de libros de viajes, especialmente si consideramos al género en su acep-

ción más respetable, es decir, como la descripción de lo genuinamente representativo y significativo de un país por una mente a él extraña, descripción en la que el viaje en sí, y sus incidencias, son simples medios accesorios para comunicar al lector lo visto y sentido por otras tierras. En este caso, y si excluimos las numerosas ocasiones en que a Ganivet se le va el santo desde Finlandia a su cielo particular, o sea, a España y a su Granada, transformando a sus cartas en más "marruecas" que "finlandesas", el residuo basta para justificar la afirmación de que pocos textos como las "Cartas finlandesas" pudieran haber desempeñado el cometido con mayor brillantez. Aunque de manera indirecta, en el mismo libro se corrobora su potencial en este ámbito, pues la arquetípica recensión del relato del viaje que por España realizó el pintor sueco Lundgren, que integra el capítulo once, demuestra que, como crítico, el rasgo más acusado de su intelecto, Ganivet tuvo una noción muy clara de los valores que deben concurrir en un texto turístico para dotarle de categoría intelectual.

Pero una cosa es predicar y otra dar trigo, y a pesar de la señalada excepción, pues las "Cartas finlandesas" lo son, el balance resulta negativo. El propio Ganivet tuvo conciencia de su limitación para el cultivo del género, y con su sinceridad habitual la exterioriza en la carta XII de dicho libro, "que será descriptiva hasta el punto que mis fuerzas lo consienten". Líneas más abajo aduce el motivo de su disculpa: "Un amigo mío, que me trata con mucha confianza, me ha llamado seriamente la atención acerca de esta debilidad de mis facultades descriptivas: "Casi siempre empiezas bien —me dice—, pero a las pocas líneas te tuerces, y en lugar de decirnos lo que ves, nos dices lo que piensas sobre lo que ves; lo que tú nos envías no son impresiones, sino opiniones." El reproche es correcto, y no puede negarse que Ganivet se manifestó asombrosamente indiferente ante el viaje como tema literario, y en este sentido su obra no resiste comparación, por ejemplo, con la de Stendhal, otro cónsul viajero, meditabundo, neurótico y solterón.

Los factores literarios que exteriorizan esta deficiencia de Ganivet, en el supuesto de que lo sea, se ponen claramente de manifiesto parangonando su prosa de intención descriptiva con la de Teófilo Gautier, otro enamorado de Granada, pero en muy distinto sentido, quien en cierta ocasión se autodefinió a la perfección como "un

hombre para el que existe el mundo exterior". Lo que caracteriza a la "litterature plastique" de Gautier es su enorme plasticidad, la abstención total del autor a proyectar sentimientos personales sobre paisajes y objetos inanimados, eliminando con instintivo cuidado toda emoción o meditación capaz de interponerse entre las vívidas relaciones que su prosa establece entre el lector y lo descrito. De esta cualidad brota la "soumission absolue à l'object", que Saint-Beuve tanto apreciaba y celebraba en Gautier, la misma que permite conferirle el título de príncipe de la literatura viajera o turística, y la misma que de rechazo convierte a Gautier en la radical antítesis de Ganivet en este concreto sentido.

La integridad de la obra del introspectivo granadino atestigua lo poco que para este inteligente ezquizoide contó el mundo exterior. Se condujo como un platónico empedernido, ante cuyos sentidos sabido es que las ideas carecieron de existencia objetiva, aunque la tuvieran, y muy real, en su pensamiento. "He conocido un estado psicológico nuevo para mí, una especie de misticismo negativo producido por la repulsión contra la realidad", escribe al poco de llegar a Amberes, en 1893, a Navarro Ledesma.

La incontenible tendencia de Ganivet a salpicar de introspecciones sus escritos, se acusa hasta en la manera con que en su novela, intensamente autobiográfica, "Los trabajos de Pío Cid", se conduce el personaje central, al que acompañamos por trochas y veredas a lo largo de un prolijo viaje electoral por Andalucía, pero sin que el relato se adorne con la más mínima referencia descriptiva al paisaje o a la fisonomía de los lugares recorridos. Por tanto, sus desplazamientos apenas tienen mayor repercusión literaria que cuando en el escenario de un teatro, los actores, enfrascados en sus diálogos y soliloquios, abandonan un sofá para sentarse en una butaca. Se produce un contrastal violento, pero muy iluminador, cotejando con el fragmento aludido el sabroso partido plástico que del mundo circundante extrae Pío Baroja, por ejemplo, en su "César o nada", novela que también versa sobre un viaje electoral de trama muy parecida al referido —pero no descrito— por Ganivet.

Es inevitable que la debilidad de la huella literaria que en sus escritos produce el mundo exterior hubiera de manifestarse con mayor relieve en los numerosos casos en que alude a su ciudad natal, como es sabido, una bella obsesión hincada profundamente en su

pensamiento en forma de recuerdo, de manera tan excluyente además, que probablemente su misma intensidad constituye la causa responsable de la marcada frialdad que este no desdeñable viajero exterioriza hacia las numerosas ciudades españolas y extranjeras que conoció.

La entronización de Granada en la mente de Ganivet evidencia uno de los más apasionantes idilios posibles de ser mantenidos entre un hombre y una ciudad, pero sin que su exteriorización trascienda el plano metafísico. Literariamente su afecto se proyecta sobre una sustancia vaga y carente de corporeidad llamada Granada. Podría hablarse aquí de un amor platónico, en el que tan poco cuenta la textura material del objeto amado, y tenida en cuenta la aguda fijación maternal experimentada por Ganivet, todavía más explícita, un psicólogo podría traducir el culto literario que rindió a su ciudad matriz, como una trasposición subconsciente de amor filial. Por eso encontramos nosotros expresivamente pleonástica la dedicación a su madre que campea en el frontis de "Granada la bella".

Es inevitable que el constante silencio de Ganivet acerca de las bellezas morfológicas o visuales de Granada hubiera de manifestarse estentóreamente revelador justamente en la obra citada, cuyo título induce de manera automática a una serie de presunciones insoslayables, pero que resultan incumplidas. Basta leer "Granada la bella", sin las ideas preconcebidas de costumbre, para verificar la vaga relación que el contenido del libro tiene con lo mucho y muy específico que su título a primera vista no puede menos de sugerir.

El equívoco inicial que señalamos, uno en cierta medida justificado, se agudiza y complica debido a la mal orientada tendencia a atribuir a Ganivet premoniciones y atisbos sobre un montón de cosas, cuando la diversidad de géneros literarios utilizados como vehículo de sus ideas no altera el hecho de que fuera sumamente limitado, y de signo monocorde y casi obsesivo, el repertorio de preocupaciones que fermentaron en la mente de este fecundo pensador.

Por este motivo estimamos práctica muy nociva amputar el radio de acción de su efervescente pensamiento tratando de encorsetarlo dentro de apetencias unitarias y de coherencia a ultranza nada más que supuestas. Tan malo como enroscarle propósitos e inquietudes que nunca experimentó. Ambas oficiosidades, a pesar de lo loable

de la intención, desvirtúan irreparablemente la belleza sinuosa y afilada de su inquieto pensar.

Convendría, pues, cesar de infligir tanto a Ganivet como a la realidad la injusticia de clasificar a "Granada la bella" como texto precursor o antecedente del urbanismo moderno. Al igual que sucede con los vocablos turismo, sociología y tantos otros, es fatal incurrir en el espejismo filológico de creer que estas disciplinas, como tales, nacen en momento de inventarse los términos con los que actualmente las identificamos. Por el contrario, lo que sobran son constancias textuales de que los problemas de urbanización vienen preocupando a la humanidad desde Aristóteles a Napoleón III. Tal vez aclare ideas en esta cuestión imaginar por un momento el insoluble predicamento en que se metería quien intentara tratar de la ordenación racional de una ciudad sin incidir en lo que llamamos hoy urbanismo, por muy "avant la lettre" que lo hiciera. Pensemos un instante, "¿a qué otra cosa que a la materialización de claros conceptos urbanísticos respondió la creación y el entramado original de las ciudades de León, Avila, Santa Fe (Granada), Washington y muchas otras que la humanidad vino erigiendo sobre el suelo tras diseñarlas previamente en un plano? Igualmente urbanismo, y del bueno, hacía el ingeniero Cerdá, cuando todavía andaba a gatas Ganivet, al publicar en 1867 su "Teoría General de la Urbanización", y por lo menos hasta el punto que se lo permitieron los concejales y el presupuesto barceloneses, el propio Cerdá, al cuadrricular la expansión de la Ciudad Condal en el magnífico ensanche que conocemos —y que también conoció Ganivet—, tuvo la rara fortuna de poder poner en práctica unas teorías concebidas muy por delante de su tiempo y de la imaginación edilicia.

No parece que disgustó a Ganivet la obra de Cerdá. En 1892, en ruta para su primera salida al extranjero, desde una fonda situada en Aribau, 107, es decir en pleno ensanche, y como de costumbre, Ganivet comunica puntualmente a su madre sus impresiones: "Desde luego, esto es muy bello —le escribe—. Más movimiento que en Madrid, más limpieza, mejores paseos y tiendas muy bien puestas." No obstante, si se insiste en incurrir en el error de tomar literalmente los conceptos estéticos expuestos en "Granada la bella", habrá que convenir que muchísimo más le hubiera complacido la escenografía convencional del Pueblo Español de la misma capital.

Para discernir la verdadera naturaleza de "Granada la bella" contamos con una interesante síntesis autocrítica que el propio autor formula en sendas cartas a sendos amigos. A uno de ellos le consulta: "Dime qué te parece, en general, la idea de mi "Granada la bella", de la reforma blaguística que he imaginado." Al otro le confiesa: "Parecen broma solos, pero todos tienen en conjunto una idea muy seria y no son para hacer refr."

En nuestra opinión bastaría abstenerse de buscar cinco pies al gato para poder conciliar sin esfuerzo la aparente disparidad que acusan estas dos caras de un mismo juicio. Precisamente en la medida en que Ganivet se deja de "blagues" y de mariposear sobre problemas edilicios y asuntos de anecdotismo afín es cuando la obra, despojada del lastre de los aspectos municipales y espesos que concurren en lo local, va creciendo y configurándose como un ensayo sociológico de evidente importancia, hasta ascender a la categoría de obra clave para interpretar el pensamiento ganivetiano. En este sentido coincidimos plenamente con don Miguel Olmedo y Moreno, también granadino, quien en su estudio "El pensamiento de Ganivet" (1965) apoya sobre este texto importantes premisas integrantes de la tesis general sostenida en el estudio, una en la que entre otras aseveraciones se considera a esta obra esencialmente como el núcleo de algo que luego, y a mayor escala, se desarrollaría ampliamente y con plenitud en el "Idearium". Son numerosos los pasajes de "Granada la bella" que sustentan esta evaluación, de manera especial a partir del capítulo octavo, significativamente titulado "¿Qué somos?".

Una vez rendido merecido homeiaje a la vertiente principal de "Granada la bella", pasaremos a comentar su parte más vulnerable que engastada con la anterior, y sin solución de continuidad, participa de un fondo común de amenidad intensa. Para calibrar el alcance de esta obra en relación directa con la Granada física y real es preciso tener presente que, como gran parte de la producción de Ganivet, fue redactada con el expreso propósito de ser publicada en la ciudad, más concretamente en el diario local, y en forma de artículos. Claros imperativos del "genus loci" editorial y lector impusieron al autor la necesidad de aliviar el mensaje ideológico al que sirve de vehículo, ambientándolo bajo una serie de divagaciones desapasionadas sobre su idolatrada ciudad. Como las "Cartas finlandesas", el texto va dirigido a sus lectores favoritos, la joven burguesía intelectual de

la "Cofradía del Avellano", fuera de las literarias, la única creación efectiva de Ganivet en el mundo de la realidad, y conviene subrayar que confeccionada utilizando como materia prima su material de trabajo predilecto: el ser humano. Veamos la consecuencia que mantuvo Ganivet en sus teorías con este principio en él fundamental.

Ya en el capítulo inicial de "Granada la bella" nos advierte que las ideas que va a exponer pertenecen a una ciencia desconocida que podría ser bautizada con un nombre raro, extraído de algún lexicón latino o griego, y se apresura a puntualizar —escuchémosle atentamente— que su arte "se propone el embellecimiento de las ciudades por medio de la vida bella, culta y noble, de los seres que la habitan". Posiblemente para vacunarse contra posibles malas interpretaciones de este principio, dicho sea de paso, de fuerte sabor krausista, Ganivet insiste para remachar que "una ciudad material es tanto más hermosa cuanto mayor sea la nobleza y distinción de la ciudad viviente, sus habitantes", "porque una ciudad está en constante evolución e insensiblemente va tomando el carácter de las generaciones pobladoras.

Es cierto que con estas declaraciones, aunque expresadas en términos estéticos, Ganivet se plantea un tema de cierta entidad urbanística, y que como meta final de sus prescripciones fija un objetivo urbanístico también. Pero la analogía concluye rápidamente debido a una anomalía que procede subrayar. Como idealista incorregible que es (¿"qué importa lo material, que al fin ha de morir?"), este empedernido "escultor de almas" involucra el orden metodológico normal en estos menesteres y como instrumento o medio para la realización de la empresa escoge lo que en teoría y práctica urbanística, que, como ciencia, es uno de los medios, constituye su finalidad; por tanto, un punto ubicado completamente fuera de su ámbito operativo. Ganivet da claramente a entender que en su opinión la belleza de las ciudades es un efecto secundario que se da por añadidura siempre que previamente se consume la tarea principal; la belleza de las mentes y del vivir de quienes las habitan.

Nos guardaremos bien de intentar rebatir, al menos frontalmente, teorías urbanísticas planteadas con tanta firmeza sobre bases éticas, pero nos permitiremos señalar que aceptar como válida para la transformación física de las ciudades el empleo de una técnica que utiliza como herramienta un ramillete de supuestos morales, independiente-

mente de la eficacia que el sistema pudiera tener, darla beligerancia implica, por lo menos, incurrir en una grave confusión entre el urbanismo y la pedagogía.

De todas formas no es otra que la declarada por él mismo la idea matriz de Ganivet y debido a sus inevitables corolarios, cuantas veces roza en "Granada la bella" materias de urbanismo municipal, se ve obligado a abordarlos de manera oblicua y negativa, inoperante en suma. Los problemas son considerados de manera individual, no sólo prescindiendo del significado histórico y arqueológico de Granada, y de su vida económica, omisiones malamente suplidas por medio de vagas concesiones a "lo típico" y al "color local", sino también haciendo caso omiso de enojosas pero insoslayables realidades tales como el teodolito, las expropiaciones, la planificación y el presupuesto municipal. Dada la ausencia de soluciones que aporta el texto a problemas enumerados con suficiente claridad, la relación de la obra con el urbanismo es de índole tan remota como las que con la medicina pudiera tener cualquier diatriba contra el cáncer y la tuberculosis.

Considerando las circunstancias en que "Granada la bella" fue concebida se percibe la verdadera razón del granadinismo circunstancial de este encantador librito. En este sentido sería difícil exagerar la trascendencia del dato inserto en su capítulo sexto, en el que señala el autor que la redacción de la obra la simultanea con la de otra que trata de "la constitución ideal de la raza española". Por supuesto, alude al "Idearium", en el que a su vez declara "el motivo de mis ideas es la restauración espiritual de España".

Así, pues, "Granada la bella" puede ser considerada ideológicamente como una aplicación local del principio general desarrollado sincrónicamente en el "Idearium", y fue inevitable que en el aspecto formal el cuerpo de esta idea predominante tuviera que deformarse y constreñirse apreciablemente al tener que adaptarse al formato y tamaño de la cuna en que nacería a la luz del día; las páginas de un diario local.

Pero sin duda alguna más trascendente es aún el impacto producido en su expresión por un factor de tipo emocional derivado de la peculiar posición mental en que el autor se hallaba en relación con

el tema tratado, que encasilla a esta obra, y con todas sus implicaciones, dentro de la llamada literatura de evasión (1).

"Granada la bella" es producto del artificio con que el autor intentó amortiguar su angustia solitaria de expatriado, embarcándola a bordo de una bandada de nostalgias disparadas hacia una ciudad sublimada e idealizada en la distancia. "Desde la mesa donde escribo, a través de las ventanas, veo cruzar desencadenados horribles huracanes de nieve que parecen anuncios del juicio final. Vivo en medio de un bosque muerto y a la orilla del mar, de un mar no sólo muerto, sino enterrado bajo montañas de nieve", escribe a un cofrade del Avellano, poco después de enviar el manuscrito de la obra a Granada. Redactarla supuso, por tanto, una especie de juego literario jugado consigo mismo, que permitió al autor distraer la pena que le producía no poder hacer realmente lo que estaba deseando en el precioso momento de escribir "Granada la bella".

Nos son precisas grandes dosis de imaginación para colegir la naturaleza del deseo que durante su primer invierno finlandés consumió al solitario cónsul español. Una cosa muy simple. Poder personarse en determinada tertulia de un café granadino. Incorporarse allí al cenáculo de amigos y admiradores y, seguidamente, enfilear los pasos en su peripatética compañía hacia una fontana, grata y recoleta, para representar en su torno un episodio evocador del crepúsculo inteligente de Atenas. En la manipulación de sus ideas se interpone constantemente la estampa lejana de aquel grupo de jóvenes cultos, ociosos y provincianos, que al borde de un agua añorada practican el deporte preferido por la burguesía ática. Simplemente, dialogar, dialogar, y más dialogar sentados en torno a una fuente, criticando los problemas de la "polis" y del "kosmos", con su mijita de guasa, naturalmente. Más allá de los álamos, coronando el fondo clásico de mirtos y cipreses que enmarcan a la escena, la silueta espartana y altiva de la Alhambra adopta un aire pensativo de Partenón. El presidente "in partibus" del aerópago desahoga sobre las cuartillas una necesidad psicológica incontenible: la de meter baza, la de exponer

---

(1) "Aunque físicamente siga estando en Helsingfors, Ganivet escribe las "Cartas Finlandesas" desde una postura de evasión literaria: desde la Granada que le va creciendo dentro", dice su paisano y último de sus grandes biógrafos. (A. Gallego Morell: "Ángel Ganivet. El excéntrico del 98". Granada, 1965.)

ante su auditorio favorito el cúmulo de observaciones recogidas por el bárbaro ecúmeno.

Tenemos la fortuna de contar con una descripción casi fotográfica de los extraños ritos del "Avellano", gracias a don Nicolás María López, uno de los más conspicuos cofrades. En el relato oficia de pontifical el propio cónsul, quien procedente de la Rusia remota, y como de costumbre, pasa en Granada sus vacaciones. Dice así: "Desde las mesas del café Colón, que era el punto de cita, entrábamos en la plaza Nueva y seguíamos por la carrera del Darro. Llegados a la fuente del Avellano, y sentados en el amplio murete que la circunda, empezaba la tertulia. Ganivet llevaba el diapasón e imponía el carácter; los demás daban el tono o se reían de los argumentos. Al tomar Ganivet la palabra, todos callábamos. Su voz era dulce y suave, a veces rápida y cortada, a ratos pausada y solemne. Hablaba de países o ciudades lejanas; exponía el asunto de un libro; hacía la crítica de una obra dramática, moderna o clásica, o trazada, en cuatro rasgos, la semblanza de grande escritores..."

Sobran motivos para preguntar. ¿Esto qué es? ¿El esquema de un diálogo socrático o una parodia del jardín de Academos en la que, corpulento y barbudo, un irónico simulacro de Diógenes platoniza sosteniendo un cigarro puro entre los dedos? En cierto modo sutilmente remoto e indirecto pudiera ser todas estas cosas. Pero interpretando el texto de manera inmediata y literal no cabe duda de que acabamos de leer, ni más ni menos, el perfecto guión de cualquier capítulo de "Granada la bella" (1896) o de las "Cartas finlandesas" (1896-1898), así como la clave del tono deliciosamente divagador y conversador de ambos escritos.

Pero esta ficción a la que "Granada la bella" debe su existencia y su peculiar tono no excluye el hecho de que Ganivet la compuso separado física y efectivamente del tema, uno para él altamente emocional.

Esta circunstancia imprime un efecto tangible en su tratamiento estético de Granada. En Helsinki, Ganivet escribe acerca de una ciudad sobre un imagen de la misma. De aquí su preocupación predominante que se manifiesta en el signo acusadamente inmovilista de sus preceptos. Ganivet aspira a regenerar espiritualmente a Granada, pero únicamente operando a través de sus habitantes. Por eso es tan enorme su temor de que manos ajenas manoseen y alteren

una realidad física de la que su imagen es reflejo. De aquí su miedo de que nadie maltrate al objeto real convirtiendo a su recuerdo, fuertemente orientado hacia el pasado, en una falsificación, y de aquí ese continuo "Noli tangere", que se le escapa tan pronto como, apeándose de sus elevados ideales, desciende al mundo de los hechos reales y locales. Y, finalmente, de aquí también que los resultados prácticos del encuentro entre un ideólogo dado al ensueño y el prosaísmo de los problemas municipales granadinos sean bastante estériles.

Ganivet anatemiza contra la erección de casas de pisos y vota por la construcción exclusiva de viviendas típicas y patricias de los plantas y a razón de un patio por familia, réplica de la que, distante del centro de la ciudad, sirvió de marco para su niñez. En materia de traída de aguas opta por la institucionalización del aguador callejero, "cañería viva y semoviente", y en materia de iluminación doméstica preconiza el velón y el candil, pues en la electricidad descubre un agente disolvente de la vida familiar; tampoco le convence su uso externo y opone serios reparos por sospechar la posibilidad de que en su brillante resplandor se oculte un fiscal impertinente de la suciedad callejera. Claro está que será inexacto sugerir que a Ganivet le trajo sin cuidado la limpieza urbana, aunque, la verdad, no parece ser fue problema que le quitó el sueño, pero es palmario que otorga prioridad a la de las mentes. Tanto es así que hasta descubre cierto valor positivo en la desidia municipal, pues, "a veces, la suciedad y el abandono de las calles sirve para hacer resaltar más vivamente la pulcritud de los ciudadanos".

Hay un párrafo sobre la carrera del Darro sintomático de su repugnancia por todo cambio. Es uno que afirma: "si para facilitar la circulación se continuara la bóveda hasta el extremo de la carrera, se causarían muchos daños sin ninguna seria compensación". Observaremos que con un sencillo escamoteo se prescinde de manera absoluta de la existencia del tráfico y de sus problemas en lugar especialmente susceptible a tal servidumbre, lo que le permite emplear escaso esfuerzo dialéctico para reprobear seguidamente, y con carácter general, la apertura de nuevas avenidas, así como para preconizar la conservación —y hasta la construcción— de nuevas calles angostas y tortuosas. Desde luego, no inspira la menor duda el flanco hacia el que escorarían las simpatías de Ganivet ante un árbol que comenzara a obstaculizar el tránsito por una calleja, postura indefectible-

mente popular para todos a quienes no afecte el estorbo, pero que urbanísticamente deja el problema sin resolver.

Todas sus posturas críticas, de signo abiertamente inhibicionista, en modo alguno se contrapesan con algunas sugerencias de signo positivo que formula Ganivet para "que se rompa la monotonía de la ciudad moderna". A saber: "concesión de primas a los que construyan edificios a estilo local; concursos de ventanas y balcones en tiempo de festejos; conservación de fiestas populares; reproducciones en tamaño natural de edificios notables con motivo de exposiciones o ferias". Como vemos, un programa que si no constituye un prodigio de originalidad, al menos resultaría de coste poco elevado, porque Ganivet alberga la firme convicción de que "lo costoso es enemigo de lo bello".

Dos paisanos de Ganivet —para bien o para mal, el ganivetismo es aún una especialidad eminentemente granadina— han calificado acertadamente a "Granada la bella". "Este pequeño libro es una especie de manual de urbanismo... espiritual", dice con fino gracejo Francisco García Lorca, y Melchor Fernández Almagro la subtitula "Divagaciones estéticas en torno a la ciudad".

En efecto, la doctrina estética deducible de la obra denuncia huellas claras de las lecturas del autor, entre ellas de la famosa teoría del "milieu" expuesta en la filosofía del arte de Hipólito Taine, "cuyas obras estoy leyendo de cabo a rabo", según informa a Navarro Ledesma en 1893. Aquí tienen su partida de nacimiento cosas como el énfasis que Ganivet pone "en la relación permanente que debe guardar la obra con el medio", postulado que la célebre Escuela de Sociología de Chicago, y formulándola en sentido muy general, utilizaría como fundamento de su teoría ecológica urbana, pues una cosa así de sencilla y razonable como la que preconiza Ganivet quiere decir ecología.

En materia que más o menos de lejos se aproxima a una teoría urbanística, el texto acusa, si no antecedentes inmediatos, por lo menos notables coincidencias con los principios también sociológicos que divagando por los suburbios del urbanismo, pero sin entrar en él, expuso por aquel tiempo en el "College de France" el sociólogo Jean Bernard Izoulet, lecciones publicadas más tarde con el título de "La Cité Moderne" (1894).

Como Izoulet, Ganivet parte de un concepto apriorístico o ideal de la sociedad, realizable en la práctica a través de la ciudad propiamente manipulada, y el problema social —extremo que verdaderamente le interesa— estriba en lograr un equilibrio armónico entre el grupo selecto y la multitud, preferiblemente a base de la coexistencia espacial de ambos grupos en cada elemento componente de la ciudad.

En esa dirección buscan empadronamiento muchas cosas, muy acertadas y de denso contenido sociológico que se dicen en el capítulo quinto de "Granada la bella" titulado "No hay que ensancharse", que en sustancia constituyen la aplicación, un tanto forzada y a una ciudad provinciana y sin industrias, de cuestiones que referidas a sus grandes urbes preocupaban mucho a la Europa de Ganivet.

Tratándose de hombre de tan varia lectura, supondría tarea fácil ampliar la adscripción a su teoría personal de la ciudad de otros influjos adjetivos y circunstanciales, no menos plausibles que los expuestos. Pero en la elaboración de su concepto, ninguno jugaría tan preponderante y evidente papel como el pensamiento griego sobre la cuestión, también evidente en Izoulet, no en vano discípulo y heredero directo de Fustel de Coulanges.

En este sentido, el paralelismo es rotundo. Si prescindimos de aguadores, avenidas nuevas y de otras cuestiones concretas con cuya tangencia acostumbra invariablemente encallar el pensamiento de Ganivet, la Granada por él imaginada responde fielmente a la idea helena de la ciudad-estado, y su relación con la Granada real es la misma que con la Atenas auténtica tuvieron las teorías sobre ella de los filósofos que la habitaron, sin dejar un momento de criticarla.

La Granada de Ganivet es la "polis" de Platón y de Aristóteles, una forma suprema de asociación, un ente culturalmente autárquico, una obra humana de espíritu aristocrático y tradicionalista, perfectible por estetas y metafísicos sin arte ni parte de arquitectos, un espacio vital íntimo de dimensiones limitadas. Creo que fue Xenophanes quien nos facilitó de manera gráfica una idea de la magnitud de la ciudad ideal subordinando su tamaño al momento en que el grito del pregonero deja de poder ser escuchado desde alguno de sus puntos. La ciudad griega y la andaluza de Ganivet vienen a ser un emporio para ocios cultos y refinados, y desequilibra un tanto tan bella imagen a necesidad de presuponer la existencia de una considerable clase

ilota y contribuyente, apenas mencionada, que se encargue de alimentar y vestir a los inteligentes habitantes de la ciudad.

La interpretación que acabamos de formular en nada se opone a un principio fundamental enunciado por Ganivet al comienzo de su obra: "mi intención no es contar bellezas reales, sino bellezas ideales, imaginarias. Mi Granada no es la de hoy; es la que pudiera y debiera ser, la que ignoro si algún día será".

Realmente tiene muy poco de este mundo la Granada contemplada por Ganivet, pero bastante de aquel otro reino utópico e ideal que también sobre el papel confeccionó a través del infatigable creador Pío Cid.

Además de para pensadores y soñadores, y desde luego exclusivamente para peatones, la Granada imaginada en la lejanía por este granadino universal decididamente lo fue bajo el lema de "Granada para los granadinos", y por eso le salió una especie de Reino de Maya a escala local, presumiblemente poblado por una gigantesca "Cofradía del Avellano" compuesta por cultos, ociosos y no excesivamente prácticos granadinos, acompañados, por supuesto, de muchas granadinas afinlandesadas, como explícitamente propone en el capítulo final de su obra.

Si la Granada sujeto de "Granada la bella" no fue la de su tiempo, menos todavía tuvo que ver con la Granada del ayer. Es curioso que un libro que con tanto énfasis vuelve la espalda al pasado, aunque fechado en Helsinki, se gestara aproximadamente en la misma fecha y casi en el mismo lugar que "Bruges la morte" (1894), de Rodenbach, obra que Ganivet cita con elogio en su artículo "Arte gótico" (1895). Pero es más curioso todavía que el libro del granadino, alterando el marco urbano lo menos posible, en lo social resultara una utopía futurística a la Pío Cid, y la novela del poeta belga plasmará un anhelo para galvanizar en inmutable pretérito la vida ciudadana de la monumental villa flamenca.

En este orden de cosas la diferencia entre ambos libros es radical, y escudriñando por los doce capítulos que componen "Granada la bella", más el titulado "El alma de las calles", que debería siempre formar parte de ella, se descubre, con posible sorpresa, que en estas páginas vuelve a repetirse una omisión claramente apreciable en el conjunto de la obra de Ganivet. La ausencia de comentarios o re-

ferencias acerca del eminente acervo monumental de Granada, así como el respetable flujo turístico que generaba.

Tengamos presente que a pesar de ser todavía infrecuente el uso del término turismo en la España de Ganivet, el fenómeno desde hacía tiempo constituía factor importante en la vida local. Se encargaban de mantenerlo vivo, además de los trenes de Madrid, los buques británicos de la benemérita "Orient and Pacific", que, camino de Italia, Egipto y la India, anclaban regularmente en Málaga y Gibraltar, desembarcando y embarcando en ambos puertos un importante contingente de turistas extranjeros consignados a Granada.

Don Antonio Gallego Morell acaba de recordarnos en un breve folleto que por el tiempo por el que se publicaba "Granada la bella" la visitaba doña Emilia Pardo Bazán, gran viajera, quien percibió perfectamente los efectos que sobre la ciudad ejercía la gran corriente de visitantes reflejados por síntomas tan expresivos como que los camareros de todos los hoteles hablaran inglés. Los respectivos relatos del paso por Granada de René Bazin, en 1894, y los de Chatfield-Taylor y Maurice Barrés, el año siguiente, indican la intensidad ya alcanzada por el turismo extranjero, así como su inevitable repercusión, la institucionalización en el interior de las cuevas del Albaicín, de las estridentes y estereotipadas "zambras gitanas" que hasta entonces se habían venido perpetrando en algún cafetín "flamenco" de la plaza del Campillo, en todo caso, actividades totalmente inconexas con la vida y el gusto de los habitantes de la ciudad y que surgieron para el disfrute exclusivo del turismo extranjero.

Aunque el fuerte significado turístico de Granada dejó hace tiempo de ser tema de discusión, nada más que este aluvión de visitantes puede explicar el hecho, poco menos que insólito en una capital de provincia española del siglo pasado, consistente en que el mismo periódico que publicaba los artículos de Ganivet, "El Defensor de Granada", viniera editando anualmente una guía turística de la ciudad para uso y consumo de sus visitantes foráneos.

Esta publicación mantenía viva una tradición iniciada en 1764, año en que, muy a lo Ganivet, aparecen los fascículos "Paseos por Granada y sus contornos" del padre Juan Echeverría. Se trata de una auténtica guía turística por entregas y sin precedente alguno en nuestro país, reeditada en forma de libro en 1814. Su autor la redactó en forma de coloquios entre un granadino y un forastero, en el

curso de los cuales apenas quedó leyenda sin comentar y ladrillo o archivolta sin fechar o identificar, pero caracterizada también por una indiferencia de proporciones neoclásicamente monumentales hacia los edificios árabes de Granada.

Tampoco exterioriza Ganivet excesivo entusiasmo por el trasfondo musulmán de su ciudad, y en el capítulo XI de las *Cartas Finlandesas* escribe: "Cuatro siglos largos después de la toma de Granada nos hallamos con que nuestra ciudad ha dejado de ser morisca, para convertirse en aglomeración sin carácter. Y Granada continúa siendo una ciudad morisca sin moros, porque algo se ha de decir para entretener al honrado público".

El hecho, en cierto modo predecible, de que en "Granada la bella" no conste alusión alguna al turismo, no excluye ni mucho menos que Ganivet dejara de albergar criterios definidos respecto a dicho fenómeno social. Los tuvo, y sumamente categóricos y personales, que expuso en diversos parajes de sus escritos.

Encontramos uno muy expresivo en la carta que en septiembre de 1893 escribió a Navarro Ledesma, en la que alude despectivamente a "una manada inmensa de personas atraídas hacia las sorpresas del esport turístico, que lo invade todo en nuestro miserable tiempo". El sarcasmo, al que siguen otros exabruptos complementarios, no exentos por cierto de gracejo, se los inspira un ejemplar del "Excursionist", que hojea para amenizar su almuerzo. Nos informa que se trata de "un semanario que, con muchos otros, sirve para pasto a los "amateurs" del "tourisme" belgas".

Sería interesante saber qué hubiera escrito el vitriólico vicecónsul de España en Amberes de haber sabido que sesenta años más tarde aquella "manada inmensa" convergiría sobre su Granada natal, imprimiendo en su ambiente más de uno de los cambios imaginables y deseados en su obra, así como bastantes otros totalmente imprevistos en las proyecciones más enérgicas de su fantasía.

Ganivet reincide frontalmente en sus acometidas contra el turismo en un artículo titulado "Lecturas extranjeras" (1895), en el que al comentar el *Lourdes*, de Zola, y el *Jerusalén*, de Loti, incurre en la postura negativa que el intelectual puro y el literato snob todavía acostumbran adoptar ante la rentable actividad que nos ocupa, actitud hasta no hace demasiado tiempo compartida por la mayoría de los economistas, quienes un poco posteriori y a marchas forzadas

tuvieron que corregir su displicencia doctrinal hacia el turismo, forzados por la imposibilidad de poder interpretar sin su colaboración el significado real de las balanzas de pagos de las naciones.

La animadversión de Ganivet por ser de raíz personal tiene mejores excusas y fue únicamente su individualismo idealista lo que le impidió entender, y mucho menos aceptar, los efectos sobre las cosas del viajar multitudinario. Desde su punto de vista, el concepto que le merece el milagro turístico de Lourdes es, naturalmente, bastante desfavorable. Refiriéndose a un medio de transporte utilizado por él con profusión, dice: "Comienza el tren por convertir el paraje de áspera peregrinación en lugar de recreo al alcance de los innumerables "turistas" que viajan por todas partes de "paso", como si se encaminaran definitivamente a algún punto, y cuyas plantas todo lo vulgarizan y todo lo profanan".

Gracias a una confidencia a Ledesma sabemos que su conocimiento del libro (detestaba a Zola), fue a través de un fragmento de la obra publicado en *La Epoca* y su visión de Lourdes es peroyativa simplemente porque el lugar era visitado por mucha gente y de manera cómoda y organizada. No tiene otra explicación lógica el tono del párrafo anterior, redactado por un hombre que en la práctica, y como casi todo el mundo, cedió pacíficamente a "la servidumbre voluntaria a que nos somete lo superfluo" y viajó mucho por tren.

Sin salir del mismo artículo, algo muy por el estilo le sucede con la imagen de Jerusalén entrevista a través de Loti, otro escritor que pareció aspirar a que los lugares bellos e interesantes existieran únicamente como marco de una población pintoresca y autóctona y para su exclusivo disfrute personal de autor, y de manera indirecta, y por su mediación, para el de quienes comparan sus libros. Ante la descripción de las inevitables repercusiones mercantiles que brotan en torno a un lugar célebre y visitado, Ganivet escribe escandalizado: "¿Qué crueldad mayor que subir a Belén y encontrar en primer término los coches de la Agencia COOK, que transportan a los viajeros como fardos; una porción de hoteles a estilo europeo frente a la iglesia de la Natividad, y algún rótulo en francés donde se lee: "Fulano de tal, fabricante de artículos a precios reducidos"?"

Pero no debe otorgarse a las poco originales diatribas de Ganivet en este particular más importancia de la que es absolutamente necesaria. Son las suyas reacciones típicas de viajero (luego veremos que

tal condición fue en él involuntaria y accidental), ente individualista a ultranza y por ende enemigo natural del turista, componente involuntario este último de las manifestaciones colectivas e institucionalizadas del viajar. Blanco fácil, por tanto, y muy frecuentado por los dardos de la élite andariega, pero cuya existencia permite al más selecto y exquisito de los viajeros llegar sin pena a los lugares que le interesan, así como alojarse y adquirir en ellos los recuerdos destinados a impresionar a los amigos lejanos y sedentarios.

Pero hay un momento en que sus escritos retratan a un Ganivet que sale un poco de sí mismo y de su obra para conducirse como un turista normal. El fenómeno se produce en ocasión de su traslado de Amberes a Helsinki con el objeto de instalar y regir el Consulado que acaba de ser establecido en esta última ciudad, rusa a la sazón.

En enero de 1896, y antes de emprender el viaje, escribe a Navarro Ledesma: "Voy por tierra porque los puertos del Norte están cerrados, y el viaje por mar, aunque más barato, es más incómodo". En las cartas subsiguientes, fechadas en ciudades alemanas y rusas, aparecen algunos brillantes destellos descriptivos de los lugares que visita. La que desde Koenisberg dirige al mismo Navarro Ledesma facilita un testimonio directo de las preferencias turísticas de Ganivet, así como una curiosa impresión personal de la ciudad, repetida en *Granada la bella*, que por cierto nos recuerda muy de cerca más de una descripción de Granada firmada por más de un escritor alemán: "Te escribo en un hotel que no es siquiera posada, sino venta, donde reciben a la gente al modo quijotesco. Muchos corrales, mucha basura, carromatos viejos y tranquilidad monacal. Así es todo Koenisberg, población grande, destartalada y natural. Conservan los corrales en medio de la ciudad; la gente bulle en los viejos mercados poligonales, de arquitectura abigarrada, los suelos como eras, donde los campesinos vienen a vender legumbres, donde se venden también al aire libre la carne y el pescado y mil baratijas. Y cuando los raros vehículos se marchan, toda la ciudad queda como un cementerio. Yo no tendría inconveniente en quedarme aquí".

Quien realmente demostró resistencia a abandonar esta ciudad fue su más ilustre hijo. De todas formas, es de suponer que fueron de índole menos mórbida los motivos que impulsaron a Kant a pasarse los setenta y nueve años que componen la integridad de su existencia prácticamente sin salir del perímetro urbano de Koenisberg, lo que

evidencia excesiva inquina contra el viaje, incluso en un filósofo idealista.

Un factor parecido intervino en el caso de Ganivet, que por subjetivo sitúa extramuros de lo turístico a toda su obra. Fue en él algo constitucional que se manifiesta en la médula de aquellas fuertes relaciones afectivas que como un cordón umbilical le mantuvieron mentalmente atado a su Granada, y de las que tanto hemos hablado. En sus andanzas por el extranjero, Ganivet se comportó como un ser ausente cuyas ansias se cifraron en retornar, en volver a casa, postura todo lo entrañable y encomiable que se quiera, pero antitúristica por excelencia.

El propio autor se encargó de expresar el anhelo supremo de su errante existencia al escribir:

*Yo me llevé un ruiseñor,  
Lejos, muy lejos de España,  
Y a cantar de mí aprendió:  
¡Quiero vivir en Granada!*

Esta impermeabilidad moral ante la esencia del viaje, exteriorizada constantemente por Ganivet, es cosa que se aprecia en muchos viajeros desprovistos también de vocación turística. Es natural que esta inapetencia viajera revistiera formas muy agudas en hombre que franqueó las fronteras patrias contra su voluntad.

El carácter forzoso de su expatriación se transparenta casi con diaphanidad a través del claro simbolismo que irradia el lema que extrajo de San Agustín como idea contral de su obra capital el *Idearium*. Aquel "Noli foras ire", aquel "No salgáis, en el interior de España habita la verdad", es cita que interpretada en su acepción más literal encuentra curiosas correlaciones en la mentalidad y conducta de Ganivet.

Tenemos su correspondencia particular, que prueba repetidamente la falta de base de una presunción no menos reiterada; la de que Ganivet escogió la carrera consular como medio para ver mundo. Si otorgamos crédito en esta cuestión al propio interesado, nada más lejos de la verdad. Attendamos lo que en 1892 comunica a su madre

al informarle que ha obtenido el número uno de las oposiciones a vicecónsul que ganó preparándolas en un oscuro y aburrido empleo de bibliotecario del Ministerio de Fomento. "Todos los amigos me felicitan y creen que he dado un buen paso con mi entrada en la nueva carrera; yo, aunque no me ilusione, estoy contento, más que por entrar en ella por salir de la que estoy. La tomaré como medio de estudiar en mejores condiciones, aprender idiomas y ver lo que me reserva el porvenir contando con un presente desahogo."

Todavía es más explícito en la carta que muy de funcionario a funcionario le dirige en vísperas de la Navidad de 1893, desde Amberes, a Navarro Ledesma, explicándole con todo detalle los motivos de la "huida de Madrid", "quizá el único lugar del mundo de donde he sacado material y moralmente buenos recuerdos", y donde ansía regresar en cuanto pueda.

No es precisamente optimista la impresión que acerca de la sociedad en que le tocó vivir suministra uno de los talentos más prometedores de nuestro siglo pasado al tener que escribir cosas como éstas: "Es muy triste pero muy exacto que la mayor parte de los hombres de hoy pasamos la vida llenando condiciones reglamentarias para ser algo, que luego resulta no ser nada. Pero hay que tomar las cosas como vienen cuando estamos trabados, y casi diríamos amarrados, al bendito pesebre del presupuesto. Si tuviéramos rentas tú y yo, no haríamos lo que hacemos; como no hay otro recurso para asegurar la pitanza nos sometemos a todo lo que es necesario, aunque sólo sea exteriormente, para llegar al objeto pretendido, el cual no es otro que conquistar el medio en que hemos de completar nuestra evolución".

Después de esto, casi resulta tristemente redundante oírle que los motivos de su salida al exterior ("porque está a la vista que en Madrid me iba mejor que aquí"), fueron puramente económicos. Obedecieron a su repugnancia a vivir a costa de los demás, y por eso participa a su amigo y confidente: "Si continué en Madrid, me paso diez años, por lo menos, viviendo a expensas de mi familia o a medias expensas". En consecuencia: "Si yo no pensara más que en ir saliendo del paso no estaría aquí, en Madrid, sino en mi Granada."

Es virtualmente imprescindible a efectos prácticos la alteración que sufre la ubicación geográfica de su añoranza, y es muy posible que su condición de consorte clandestino de Amelia Roldán fuera lo que seguidamente le obligara a añadir: "Por una porción de razones

familiares, locales, climatológicas y psicológicas, aquello no me gusta para vivir siempre"; en otras palabras, el

*ni contigo, ni sin ti  
tienen mis penas remedio...*

que rezuman los idilios apasionados de accidentado dipasón emocional.

Surge así la paradoja de que el primer escritor español que con Unamuno insufla vigorosos acentos foráneos en el pensamiento español de últimos del xx no nos dejara ni uno sola línea expresiva de interés personal por viajar.

Unamuno, por su parte, circunscribió su afán andariego entre los Pirineos y Gibraltar, y ya hemos visto que el barniz cosmopolita de los escritos de Ganivet fue producto de circunstancias ajenas a su voluntad. Pero repetimos que estos casos no tienen nada de excepcionales y coinciden con la poca efusiva actitud que el ideólogo puro adopta generalmente hacia el viaje como fin en sí mismo, es decir, hacia el turismo.

El propio Platón, en sus "Leyes", obra de madurez, aunque cierto es que escrita tras mucho viajar, califica al viaje emprendido por motivos de placer y curiosidad como actividad poco menos que reprochable. En dicho libro, que por su índole idealista y divagadora aguantaría cómodamente el subtítulo de "Atenas la bella", se preconiza que solamente se permita viajar a los ciudadanos de más de cuarenta años y únicamente por negocios de Estado, sugiriendo además que a su regreso se les imponga la bastante americana obligación de enseñar a los jóvenes que las instituciones vistas en otros países son inferiores a las domésticas.

También en esta postura, como en tantas otras, Ganivet coincide con Séneca su maestro —otro notorio antiturista—, cuya obra, de manera expresa o camuflada, tiende asimismo a plasmarse en estilo epistolar. En su segunda epístola a Lucilio, Séneca diagnostica que el afán de viajar es "síntoma de ánimo enfermo" y en la CIV vuelve machaconamente a la carga preguntándose: "Quid per se peregrinatio prodesse cuiquam potuit?" "¿Qué pudo aprovechar a nadie un viaje por sí mismo?"

Débase o no a que está escrita fuera de España, casi toda la obra del granadino exterioriza en su tono fuerte parentesco con la "Epístola ad Helviam" o "De Consolatione" del cordobés, saturada de intimismo pesimista y de nostalgia, en la que el exiliado en Córcega, al darle el pésame a su madre que acaba de quedarse viuda, la utiliza como muro de las lamentaciones que le produce su forzada ausencia de Roma.

A pesar de que nunca inspiró dudas que Ganimet mantuvo el centro de gravedad de su alma y el de su mente muy lejos de "las distintas *chambres garnies* por donde he ido y voy arrastrando mi personalidad"; no deja de sorprender un poco tras dos años y medio de residencia de Amberes confiese a Navarro Ledesma: "Casi toda la ropa la tengo en las maletas desde que vine, así como los papeles, de modo que en quince minutos podría estar en la estación, sin haber dejado detrás de mí más que dos o tres sombreros viejos y varios pares de botas o zapatos usados".

En las "Cartas finlandesas" habla de "las geniales paradojas de un filósofo alemán, hoy en boga, Federico Nietzsche", y el desarraigo radical que Ganimet exterioriza respecto a los lugares en que residió, establece impresionantes paralelos entre su exilio y los del célebre psicópata alemán, indudablemente uno de los influjos más evidentes en su obra.

Es cierto que, por centrifuga, fue de signo totalmente opuesto a la del granadino la razón de que Nietzsche confeccionara en el extranjero las páginas más bellamente rutilantes de la filosofía germana, todavía contemporánea. Consistió en un extraño sentimiento que le mantuvo distante de los lares patrios, sin que por otra parte consiguiera que el recuerdo de su país abandonara por un instante su atormentado pensamiento.

La similitud que nos interesa subrayar es que de nada sirvió a la literatura universal que el inquieto trotamundos y brillante escritor alemán paseara sus neurosis y sus maletas por Niza, Nápoles, Venecia, Rapallo, La Engadina y por un interminable rosario de pensiones y hoteles enclavados en los más atractivos lugares de la Europa de su tiempo, ya que fue absolutamente incapaz de disfrutar de sus delicias. Ganimet nos ha dejado por lo menos un rico Epistolario y unas *Cartas* en las que de vez en cuando les cuenta a los granadinos casos y cosas de los países en que residió. Pero Nietzsche, ni siquiera en "El viajero

y su sombra" (1880), y a pesar de su sugestivo título, presta la menor atención a las maravillas turísticas entre las que su obra fue concebida, y por eso pudiera aplicarse muy bien a él y a sus congéneres lo que según Séneca respondió Sócrates a otro inquieto que se lamentaba de lo poco que le habían aprovechado los viajes: "Tecum enim peregrinabarís", "porque viajabas contigo mismo", fue la respuesta.

Evidentemente, muy consigo mismo, y con superlativo excesivo viajó Ganimet por el mundo, por su obra y por su propia vida, y una lectura atenta de sus escritos corrobora lo pésimamente que las raíces epicúreas y extrovertidas del turismo arraigan en la mente del pensador viajero, funcionalmente, una cosa distinta al pensador que obsesiva a su intelecto con el alivio temporal del viaje.

Entre muchos, el madrileño Jorge Santayana, un pensador sumamente distante en su filosofía del mundo exterior, nos brinda excelente ejemplo de la posibilidad de viajar que aludimos. Expatriado perpetuo del suelo y de la cultura de su país, en Oxford rimaba nostalgias de esta manera:



*Exile I am  
Exile from the wind-swept moor  
Where Guaddarama lifts his purple crest...*

Fuera de su torre de marfil, es meramente jugosa y vital la fruición con que el paisano de Ortega anota en sus "Persons and places", y a su paso por Avila y Tarragona, sus sabrosos reencuentros con la realidad.

Indudablemente, no pertenecen a este linaje literario las ausencias y retornos de Ganimet a su patria, porque en un sentido estricto de la realidad Ganimet no salió nunca de España ni España de él. En consecuencia, lo que primordialmente hemos intentado demostrar con nuestro presente trabajo es la inutilidad absoluta de tratar de extraer una Invitación al Viaje de sus escritos, intento que no sólo supone una prospección condenada al fracaso de antemano, sino que perforaría estérilmente el profundo intimismo de un bello paisaje intelectual.

En contrapartida, pocos medios de transporte para el alma mejores que los textos de Ganimet para emprender en la compañía de quien los concibió un viaje "in interiore Hispaniae", el viaje favorito del au-

tor. Quien embarque a su curiosidad a bordo de sus páginas, comprobará la excelsitud con que Ganivet merece el título de viajero incomparable por las entrañas metafísicas de nuestro país. Constituye, pues, la lectura de este autor una insustituible excursión mental altamente recomendable para todo español o extranjero que guste recorrer y contemplar al país de noble y profunda manera; aspirando a interpretar el sentido auténtico de la faz y del gesto innumerable de España.



## RESUME

LUIS LAVAUUR: *Ganivet dans le carrefour touristique de son époque.*

On a célébré récemment en Espagne le premier centenaire de la naissance de l'écrivain Angel Ganivet (1865-1898), précurseur de l'influent groupe intellectuel dénommé "génération du 98". A ce sujet, l'auteur du présent ouvrage étudie l'oeuvre du penseur, spécialement à travers le recueil publié pour la première fois en 1965. On y analyse la propre position intellectuelle, typiquement "fin de siècle", maintenue par rapport au tourisme par cet auteur si espagnol et au même temps si éminemment représentatif auteur européen dont l'oeuvre fut conçue et rédigée loin d'Espagne et depuis diverses capitales d'Europe, où il a rempli divers postes diplomatiques.

Comme base de l'ensemble des idées de Ganivet, on examine les raisons de la position que l'idéologue pur adopta généralement vis-à-vis du phénomène social et massif comme le tourisme moderne, attitude qui, de l'avis de l'auteur, est facilement perceptible même à l'heure actuelle.

## SUMMARY

LUIS LAVAUUR: *Ganivet or tourism at the turn of the century.*

Spain has recently commemorated the first anniversary of Ganivet (1865-1898), ideological forerunner of the influential spanish group know as "98 generation". In line with the spirit anniversary, the writer of this essay reviews Ganivet's works using that part of his private correspondence published for the first time this very year.

It is analysed also the peculiar intellectual "pose" so typically "fin de siècle" adopted toward the tourist phenomena, by this extremely spanish and at the same time utterly representative european author whose works were written far from Spain from several european capitals where he was stationed as a diplomat.

Using as a reference point Ganivet's philosophy this article evaluates the basis of the attitude which the pure thinker maintains as a rule when confronted with a social and collective movement as modern tourism a negative point of view according this writer easily detected as well in certain sector of contemporary literature.

## ZUSAMMENFASSUNG

LUIS LAVAUUR: *Ganivet im touristischen Kreuzweg seiner Zeit.*

Vor kurzem wurde in Spanien die erste Hundertjahresfeier des Geburtstages des Schriftstellers Angel Ganivet (1865-1898) gefeiert, der ein ideologischer Vorläufer der einflussreichen Gruppe von Intellektuellen, benannt "Die Generation von 98", war. Aus dieser Veranlassung unterwirft der Autor vorliegender Arbeit das Werk des Denkers einem Studium, besonders auf Grundlage der gesammelten Briefschaften, welche zum ersten Male im Jahre 1965 veröffentlicht wurden. Darin wird die eigentümliche intellektuelle Haltung, typisch für das "fin de siècle", analysiert, mit Hinsicht auf den Fremdenverkehr, dieses echt spanischen und gleichzeitig eminent repräsentativen europäischen Autors, dessen Werk fern von Spanien und von verschiedenen europäischen Hauptstädten aus, wo er diplomatische Posten bekleidete, erdacht und zu Papier gebracht wurde.

Auf der Grundlage des Ideenreichtums von Ganivet werden hier die Motive untersucht, welche zur Haltung beitragen, welche dieser reine Ideologe anzunehmen pflegte, wenn er sich mit einem Sozialphänomen befassen musste, und noch dazu massiv wie es der moderne Fremdenverkehr zu sein pflegt — eine Handlungsweise, welche nach Ansicht des Autors sogar leichtfasslich ist mit Anwendung auf die heutigen Zeiten.